

ORIENTACIONES EDUCATIVAS PARA EL SIGLO XXI: UTOPIA-POSIBILIDAD

Juana MANJÓN RUIZ
Universidad de Sevilla

En una sociedad como la nuestra donde muchos son los debates pero pocas las soluciones que realmente ayudan al hombre a crecer, voy a centrar estas reflexiones en *las posibilidades que ofrece la educación*.

Los cambios producidos y aún por experimentar en nuestro mundo, evidentemente reclaman nuevas respuestas desde la educación. Es fácil observar y darse cuenta de que nos hallamos ante un mundo, en muchas ocasiones desconcertante de presiones y problemas por un lado, pero por otro lleno de posibilidades.

Vivimos en una sociedad que parece tener miedo a pensar, a creer, parece que lo importante es hacer muchas cosas, tener muchas cosas, hay que ser rápidos y efectivos, lo demás no es práctico, no es útil. En este sentido, ya BERTALANFFY (1974:58) expresaba: “sería vano negar que nuestros tiempos son de nihilismo en el sentido nietzschiano, tiempos de desmoronamiento y pérdida de estima de valores, tiempos en los que se tiene la sensación de que la vida y los esfuerzos humanos están ayunos de significado, todo lo cual se manifiesta en un fantasmal conjunto multicolor que abarca desde las modas a que da vigencia la estulticia hasta los desafueros criminales y los desarreglos patológicos de la mente”.

Es posible afirmar en esta línea que estamos viviendo en un juego de apariencias que, lejos de tener hondas razones para ser, fecunda ideas superficiales de existencia. Basta para fundamentar todo esto, además de las referencias bibliográficas que podamos encontrar, leer las crónicas de sucesos en la prensa diaria, escuchar los telediarios, observar con detenimiento —aunque no sin cierta perplejidad— la realidad cotidiana, o analizar simplemente nuestra experiencia personal.

Se habla, con frecuencia desde multitud de foros, de la pérdida de los ideales, de la ruptura de las utopías, de la crisis de los valores, de la falta de humanidad, etc. Puede dar la sensación si solo nos quedamos con esas cuestiones que el devenir discurre sin remedio y que no se puede hacer nada para evitarlo, sin embargo el reconocimiento de la dificultades o problemas actuales no debe llevar en modo alguno al desaliento, ni constituir un pretexto para apartarse del camino correcto, ya que yo creo que existe la clave, que tenemos la clave que es comprometernos y responsabilizarnos todos de nuestro futuro. El futuro no es sólo de los que nos sucederán, es, sin duda alguna, una tarea nuestra.

En este sentido, el informe de la Comisión Internacional sobre la educación para el s. XXI, presidido por Delors, lo dice bien claro: “en los albores de un nuevo siglo ante cuya perspectiva la angustia se enfrenta con la esperanza, es imperativo que todos los que estén investidos de alguna responsabilidad presten atención a los objetivos y a los medios de la educación” (pág. 14), y en ese todos están incluidos tanto la familia como los educadores,

la comunidad de base, la nación, las políticas educativas y también las económicas y financieras de todos los países. Hoy, más que nunca, se hace necesaria una readaptación educativa a la nueva situación social y tecnológica. Las previsiones futuristas no dejan dudas sobre la necesidad de una dinámica adaptativa ante un mundo en mutación constante. La educación, pues, es la vía para conseguirlo porque “el mundo frecuentemente sin sentirlo o expresarlo, tiene sed de ideal y de valores (...) ¡que noble tarea de la educación la de suscitar en cada persona (...) esta elevación del pensamiento y el espíritu hasta lo universal y hasta una cierta superación de sí mismo!” (pág. 18). Puede afirmarse, sin caer en la exageración, que “*la supervivencia de la humanidad depende de ello*” porque “frente a los numerosos desafíos del porvenir la educación constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia los ideales de paz, libertad y justicia social”. “Es una vía al servicio de un desarrollo humano más armonioso, más genuino, para hacer retroceder la pobreza, la ocusión, las incompresiones, las opresiones, las guerras, etc.” (pág. 13).

Dicho todo esto así, de esta manera, puede suscitar en muchos una primera reacción. Sí, todo esto está muy bien, es muy bonito, pero es utópico. Ya salió el calificativo, calificativo que desde mi perspectiva no es más que la expresión o la excusa que utilizan los que intentan frenar las posibilidades o justificar su falta de actuación y compromiso, porque si nos remitimos al significado que de *utopía* da la Real Academia de la Lengua Española, no encontramos con que la define como “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”. Es decir, ni se cierra, ni se niega su posibilidad. Y así lo entendieron, y así nos lo han demostrado tantos pensadores que creyeron en la posibilidad de la utopía y consiguieron que hoy sean realidades.

Por tanto, puede deducirse que la distancia entre lo utópico y lo real no es más que el creer o no en su posibilidad.

En una conferencia pronunciada por Marín Ibáñez, este comparó la utopía con esa estrella, que aunque nunca llegamos a alcanzarla totalmente, guía nuestros pasos hacia destinos positivos. En este sentido, en el informe DELORS (1996:54) se dice: “La utopía orientadora que debe guiar nuestros pasos consiste en lograr que el mundo converja hacia un mayor entendimiento mutuo, hacia una mayor solidaridad, sobre la base de la aceptación de nuestras diferencias espirituales y culturales. Al permitir a todos el acceso al conocimiento, la educación tiene un papel muy concreto que desempeñar en la realización de esta tarea universal: ayudar a comprender el mundo y a comprender a los demás, para comprenderse mejor a sí mismo”. Es decir, crear hombres de paz, dispuestos a trabajar por el desarrollo humano a veces ensombrecido por el desarrollo tecnológico.

Pienso que hay que reflexionar y buscar pautas de actuación, trayectorias y propuestas que nos lleven a conseguir el giro educativo que necesitamos. Creo que antes de posicionarnos de forma escéptica ante las posibilidades que ofrece la educación, podríamos preguntarnos: ¿Es imposible conseguir una comunidad de base que sea educativa y extender esta a la sociedad mundial? ¿Es imposible conseguir la cohesión social y la participación realmente democrática y no manipuladora? ¿Es imposible que el crecimiento humano vaya al menos paralelo al desarrollo económico?

¿Creemos realmente que todo esto es imposible? Personalmente creo que no lo es. Es cierto que evidentemente todo ello implica un cambio radical en cuanto a planteamientos,

estructuras finalidades, y un largo etc. pero en definitiva lo que se está reclamando es un cambio interior de la persona. Un cambio, por qué no decirlo, dirigido a que la bondad del hombre y de la humanidad sea algo manifiesto, visible que no haya en muchos casos que suponerla.

Necesitamos un mundo más cordial y comprensivo, crear un espacio más afectivo, donde quepa lo material, lo espiritual y lo cultural.

Un mundo en el que se pueda conseguir la felicidad, pero la felicidad como resultante de un estado interior lleno, rico en cualidad, no la felicidad a la carta, rápida y al instante como ahora se pretende tener, que en el mejor de los casos a corto plazo puede ser gratificante, pero a largo plazo deja frío e insensible al que la posee (ROJAS, 1992).

El conformismo, el todo vale, no lleva a otra cosa que a la trivialización de la inteligencia. Como FINKIELKRAUT (1988) afirma, nos hace falta una cultura conectada con la vida intelectual. La cultura es la vida con pensamiento, con formas de edificar una mejor convivencia.

¿Cuál es el camino para hacerlo posible?

Yo pienso que solamente uno: conseguir que el *efecto* de la educación realmente se produzca y no se quede solo en una cuestión instructiva. No es difícil hoy día encontrar alumnos bien instruidos, con buenas calificaciones escolares y a su vez bastante mal educados.

Es cada vez más acuciante, la conciencia de vivir en toda la humanidad una problemática moral y educativa de matices conflictivos variados, ello ha provocado un enorme confusión social que a su vez ha determinado no menos confusión en la práctica educativa.

Una práctica educativa, que ha estado basada, como afirma GERVILLA (1992), “en una educación basada en el relativismo, en el presente, en el individualismo hedonista y narcisista” y a la que se le podría matizar, que temerosa de no ser democrática ha podido ser poco efectiva desde la perspectiva de la educación como efecto. Si ya no se ha hablado del hombre light, quizás también en este sentido, haya que hablar de la educación light.

Evidentemente, el que haya un efecto de la educación de mayor o menor calidad, nos hace necesariamente relacionar a la educación —los fines— y los valores. Temas bastante complejos en los que no voy ahora a profundizar, pero si apuntar que desde mi perspectiva, quizás la crisis de la educación no sea porque la educación haya confundido o perdido su perspectiva sino más bien por el hecho de no que ha encontrado su posición ante la proliferación de fines y funciones que en las últimas décadas se viene produciendo.

A lo anterior se le une que la sociedad se ha pragmatizado, tal vez porque lo que en un momento fue la búsqueda de bienestar y la dicha —siendo la educación el medio para conseguirlo— se ha convertido en la sociedad del confort y el consumo; y es posible que la sociedad haya convertido estos elementos en la propia finalidad de la educación.

Educativamente hablando, los medios han servido para alcanzar los fines, hoy parece ser que los fines son alcanzar y mejorar los medios. Cuestión que si se profundiza tiene poco

sentido y para la cual la educación la axiología deben de dar respuesta. Pienso que el fin de la educación debe basarse en la ampliación y profundización de la conciencia así como en la profundización de valores que den sentido y significado a la vida de la persona.

¿Cómo conseguirlo?

En el Informe DELORS (1996:95 y ss.), se proponen cuatro principios o pilares básicos: *Aprender a conocer*: combinando un cultura general suficientemente amplia con la posibilidad de profundizar los conocimientos en un pequeño número de materias. Lo que supone, además, aprender a aprender para aprovechar las posibilidades que ofrece la educación a lo largo de la vida.

Aprender a hacer: a fin de adquirir no sólo una calificación profesional sino, más generalmente, una competencia que capacite al individuo para hacer frente a gran número de situaciones y a trabajar en equipo. Pero, también, aprender a hacer en el marco de las distintas experiencias sociales.

Aprender a vivir juntos: desarrollando la comprensión del otro y la percepción de las formas de interdependencia —realizar proyectos comunes y prepararse para tratar los conflictos— respetando los valores de pluralismo, comprensión mutua y paz.

Aprender a ser: para que florezca mejor la propia personalidad y se esté en condiciones de obrar con creciente capacidad de autonomía, de juicio y de responsabilidad personal. Con tal fin, no menospreciar en la educación ninguna de las posibilidades de cada individuo: memoria, razonamiento, sentido estético, capacidades físicas, aptitudes para comunicar...

Es decir, concebir la educación como un todo no dando prioridad especial a la adquisición de los conocimientos, en detrimento de otras formas de aprendizaje.

No se trataría de añadir nuevas disciplinas a programas escolares ya sobrecargados, sino de reorganizar la enseñanza a partir de una visión de conjunto de los vínculos que unen a hombres y mujeres desde la perspectiva de ciudadanos. Y aquí la Comisión se ha hecho eco de otra utopía: “la sociedad educativa basada en la adquisición, la actualización y el uso de los conocimientos..., pues mientras que la sociedad de la información se desarrolla y multiplica las posibilidades de acceso a los datos y a los hechos, la educación debe permitir que todos puedan aprovechar esta información, recabarla, seleccionarla, ordenarla, manejarla y utilizarla” (pág. 23), porque la pura información no es conocimientos, ya que todos sabemos que este exige esfuerzo, atención, vigor y voluntad.

Quizás, si nos ponemos a pensar, no es tan difícil descubrir que estamos reproduciendo modelos institucionales que ya no tienen mucho sentido. Estamos en la sociedad de la información..., aprovechemos las posibilidades que esta nos ofrece, enseñemos a los alumnos a aprender y dejemos más espacio para la formación personal y humana.

Quizás no sean cuestiones tan difíciles de resolver, creo que es cuestión, principalmente, de pensar y ser un poco más creativos.

Hay que tener en cuenta, que a veces fallan más los recursos que las buenas intenciones y los deseos de realizar cambios. Pero lo que no se puede pretender es que un

cambio social y educativo de estas características se produzca a corto plazo, ni se puede flaquear en el intento de hacerlo posible por ello.

¿Qué se tendría que revisar para ello?

Por un lado la educación formal, en el sentido de replantear y vincular entre sí las distintas secuencias de la educación, ordenarlas de otro modo, disponer transiciones y diversificar las trayectorias escolares, desde la educación básica a la Universidad, “puesto que es en los sistemas educativos donde se forjan las capacidades y aptitudes que permitirán a cada cual seguir aprendiendo” (DELORS, 1996: 129).

Y por otro lado, la función de “la familia, porque es donde se fraguan actitudes hacia el aprendizaje que durará toda la vida, porque es donde cada uno de nosotros adquiere el instrumental del desarrollo futuro de su facultad de razonar e imaginar, de su raciocinio y su sentido de las responsabilidades, y aprende a ejercer su curiosidad por el mundo que le rodea” (DELORS, 1996: 129).

De estas dos cuestiones —educación formal y familia— me interesaría resaltar que no pueden ir por separadas si realmente se busca una auténtica calidad educativa. Quiero decir con ello, que tanto padres, como profesores, política educativa, etc. deben de buscar fines comunes en lugar de interferirse como en muchas ocasiones parece que ocurre.

¿Qué habría que atender en primer lugar?

Como se viene defendiendo desde el principio, los cambios educativos que se necesitan para el próximo siglo son bastante importantes. La educación va a tener una función clave en el desarrollo de los individuos y de las sociedades.

Evidentemente, todo esto va a exigir mucho del personal docente, porque “de él depende en gran parte que esta visión se convierta en realidad. El aporte de maestros y profesores es esencial para preparar a jóvenes, no sólo para que aborden el porvenir con confianza, sino para que ellos lo modifiquen de manera resuelta y responsable” (DELORS, 1996: 161).

La importancia del papel que cumple el personal docente como agente de cambio, favoreciendo el entendimiento mutuo y la tolerancia, nunca ha sido tan evidente como lo es hoy, pues hay que tener en cuenta que aunque el papel político, en cuanto a tomas de decisiones en educación y la cooperación internacional para educar a la aldea planetaria, es de indudable importancia, si los docentes no desempeñan un papel determinante en la formación de valores personales y actitudes y no despiertan la curiosidad y desarrollan la autonomía, fomentan el rigor intelectual y crean condiciones necesarias para que el efecto de la educación y el éxito de la enseñanza formal y permanente sea real, muchas de estas cuestiones serán imposibles de conseguir.

Lo dicho anteriormente resulta de una evidencia tal que el negarlo sería hacer uso de una ceguera que podría calificarse de estéril. Por tanto, creo que sería pertinente que se

abriera un debate en torno a ¿qué se espera del maestro o profesor? ¿cuál es su función? ¿cómo formarlo? ¿cómo preservar su motivación y la calidad de su enseñanza? ¿cuál es su situación social y las condiciones de su trabajo? ¿cómo mejorar el acceso al mundo profesional?... , pues entre otras cosas, como afirma THOMPSON (1995), el personal docente podrá responder a lo que de él se espera si no posee los conocimientos y la competencia, y las cualidades personales, las posibilidades profesionales y la motivación que se requieren.

En esta reflexión o debate —que debe abrirse— creo que es urgente y necesario tener en cuenta que al profesor se le ha sobrecargado injustamente con tareas y funciones que dependen sólo y exclusivamente de él, sino que más bien, son propias de una comunidad educativa correctamente organizada, donde las responsabilidades son compartidas y las actividades coordinadas de forma constructiva para la comunidad.

Quizás sea tiempo ya de empezar a delimitar y aclarar funciones, sobre todo en esos momentos donde es fundamental unificar criterios con respecto a los objetivos y valores que se deben fomentar, ya que una sociedad como la nuestra cuenta con una serie de medios y recursos suficientes como para manipular directa o indirectamente, intencional o inintencionalmente, el pensamiento y la voluntad de los ciudadanos.

Quizás hoy más que nunca se necesiten buenos y críticos profesionales de la educación, que a pesar de todas las situaciones conflictivas que conllevan los momentos de cambios, sepan crear una escuela que en lugar de ser clasificadora y diferenciadora, sea integradora, abierta y plural, sobre todo si se quiere llegar a satisfacer todas las demandas de una sociedad culturalmente pluralista, constitucionalmente democrática y tecnológicamente avanzada, sin que el hombre sea en todo ello “el eslabón perdido”.

Así pues, futuros maestros y pedagogos, aquí está nuestra utopía necesaria, nuestro auténtico reto, pues acabando yo por donde empieza el libro: “la educación es también un clamor de amor por la infancia y por la juventud que tenemos que integrar en nuestras sociedades en el lugar que les corresponde” (DELORS, 1996: 13), yo además añadiría, que la educación es también un clamor de amor por la humanidad. Ojalá, que las generaciones posteriores de ese cada vez más próximo siglo XXI, no tengan que recriminarnos nunca que no pudimos colaborar para hacer posible una utopía, y no fuimos capaces de conseguir una humanidad mejor, porque no fuimos capaces de creer en ella.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTALANFFY, L. V. (1978): *Robots, hombres y mentes*, Ed. Guadarrama, Madrid.º
- DELORS, J. (1996): *La Educación encierra un tesoro*. Informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre la educación para el s. XXI. Ed. Unesco. Santillana, Madrid.
- FINKIELKRAUT, A. (1978): *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona.
- GERVILLA, (1992): Ponencia II Congreso Internacional de Filosofía de la Educación: Axilografía de la Educación, Madrid.
- ROJAS, E. (1992): *El hombre light. Una vida sin valores*. Colección fin de Siglo. Ediciones Temas Hoy S. A. Madrid.
- THOMPSON, A. R. (1995): “*The utilization and professional development of teachers: issues and strategies*”, The management of teachers. Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de París.